

y no aposté un real. Entónces el condiscípulo me dijo: ¿pues donde está el dinero, Periquillo? Está en libranza, dije yo.—¿En libranza?—Y muy segura, y no es de cuatro reales, sino de tres mil pesotes. Diciendo esto les mostré mi billete, y todos se hecharon à reir no queriendo persuadirse de mi verdad, hasta que por accidente entró allí un billettero con una lista y yo le supliqué me la prestera para ver si habia salido aquel billete.

De que el coime y los tahures vieron que en efecto era cierto lo que les habia dicho, toda la escena varió en el momento. Se suspendió el juego, se levantaron todos, y uno me da un abrazo, otro un beso, otro un apretón, y cada cual se empeñaba por distinguirse de los demás con las demostraciones de su afecto.

La noticia sola de que iba à tener dinero, me hizo no haber menester nada desde aquel instante sin costarme blanca; porque me dieron de almorzar grandemente, me regalaron dos ó tres cajitas de cigarros finos, me facilitaron dinero para jugar, y eso empeñando su capote el coime y otros; bien que esto no lo quise admitir, dándoles las gracias con aire de rico, considerando que aquellos favores los dirigia el interés, y aun no tenia un peso cuando ya mi cabeza estaba llena de viento y me pesaba la amistad de aquellos pobretes trapientos.

Sin embargo, como los habia menester à lo ménos aquel dia, permanecí con ellos ofreciendo à todos mi proteccion con intento de no cumplir à nadie mi promesa, y ellos me adulaban à porfia, confiando en que los tres mil pesos se repartirian entre todos à prorrata, y aún creó que ya estaban haciendo las cuentas de en lo que los habian de gastar.

Finalmente, comí, bebí, cené y chupé todo el dia sin que me costara nada. A la noche no permitió el coime que durmiera en el banco pelado como las dos noches anteriores, sino que à fuerza me pretó su cama, acostándose él sobre la mesa del truco, y apenas

insinué que me incomodaba el canto del gallo, cuando lo echaron à la calle.

En un colchon, à lo ménos, blando, con sus sábanas, colcha y almohada, no pude dormir; toda la noche se me fué en proyectos. A las cuatro de la mañana me quedé dormido, y voluntariamente desperté como à las ocho del dia, y advertí que ya estaban todos jugando y guardando un silencio poco usado entre semejante gente. Me aproveché de su atencion, me hice dormido y oí que hablaban sobre mí aunque en voz baja. Uno decia: yo tengo esperanzas de sacar todas mis prendas con esta lotería. Otro: si de ese dinero no me hago capote, ya no me lo hice en mi vida. Otro: espero en Dios que en cuanto cobre señor Perico el dinero nos remediamos todos. Y cómo que sí, decia el coime; lo bueno es que él es medio crestón: lo que importa es hacerle la barba.

Así discurrían todos contra los pobres tres mil pesos, y yo, que no veia las horas de cobrarlos, hice que me estiraba y despertaba. Alcé la cabeza, y no los habia acabado de saludar, cuando ya tenia delante café, chocolate, aguardiente y bizcochos para que me desayunara con lo que apeteciera. Yo tomé el café, dí las gracias por todo y me fuí à cobrar mi billete.

Querian hilbanarse conmigo diez ó doce de aquellos leperuscos; pero yo no sufrí mas compañía que la del condiscípulo, que ya no me decia Periquillo, sino Pedrito; y por fortuna de él advertí que no habló una palabra que manifestara interés à mi dinero.

Llegué con él à cobrar el billete, y no solo no me lo pagaron, sino que al ver nuestro pelage desconfiaron no fuera hurtado, y dándome el mismo número y un recibo, me lo detuvieron, exigiendome fiador.

¿Quién me habia de fiar à mí en aquellas trazas, no digo en tres mil pesos, pero ni en cuatro reales? Sin embargo, no desesperé: me fuí para el meson donde habia jugado y comprado el billete dos

días ántes, y luego que entré y me conocieron los tahures y el coime, comenzaron á pedirme las albricias con muchas veras, porque el billeteo ya les habia dicho como habia salido premiado con tres mil pesos el número que habia vendido allí.

Yo, al ver que sabian todos lo que les queria descubrir, les dije: camaradas, yo estoy pronto á pagar las albricias; pero es menester que vds. me proporcionen un fiador que me han pedido en la lotería; pues como soy pobre, se desconfia de mí y no se cree que el billete sea mio, y aún me lo han detenido.

Pues eso es lo de ménos, dijo el coime: aquí estamos todos que vimos comprar á vd. el billete, y el billeteo que lo vendió que no nos dejará mentir. A este tiempo entró el dueño del meson, y sabedor del asunto, de su voluntad hizo llevar un coche, y mandandome entrar con él, fuimos á la lotería, en donde quedó por mí y me entregaron el dinero.

Cuando nos volvimos, me decia en el coche el señor que me hizo favor de cobrarlo: amigo, ya que Dios le ha dado á vd. este socorro tan considerable por un conducto tan remoto, sepa aprovechar la ocasion y no hacer locuras, porque la fortuna es muy celosa, y en donde no se aprecia, no permanece.

Estos y otros consejos semejantes me dió, los que yo le agradecí, suplicándole me guardara mi dinero. El me lo ofreció así y en esto llegamos al meson.

Subió el caballero mi plata, dejándome cien pesos que le pedí, de los que gasté veinte en darles albricias al coime y compañeros, y comer muy bien con mi fámulo y condiscípulo que se llamaba Roque.

A la tarde me fuí con él para el Parian, en donde compré camisa, calzones, chupa, capa, sombrero y cuanto pude y me hacia mas falta; y todo esto lo hice con la ayuda de mi Roque, que me pintó muy bien. Volvímonos al meson, donde tomé un cuarto,

y aunque no habia cama, cené y dormí grandemente y me levanté tarde á lo rico.

Luego que nos desayunamos puse un recibo de quinientos pesos y se lo envié al señor mi depositario, quien al momento me remitió el dinero, salí con cien pesos y á poco andar hallé una casa que ganaba veinticinco mensuales, la que tomé luego luego porque me pareció muy buena.

Despues me llevó Roque á casa de un almonedero, con quien ajusté un ajuar en doscientos pesos, con la condicion de que á otro dia debia de estar la casa puesta. Le dejamos veinte pesos en señal y fuimos á la tienda de un buen sastre, á quien mandé hacer dos vestidos muy decentes, encargándole me hiciera favor de solicitar una costurera buena y segura, la que el sastre me facilitó en su misma casa. Le encargué me hiciera cuatro mudas de ropa blanca lo mejor que supiera, y que fueran las camisas de estopilla, y á proporcion lo demás: le dí al sastre ochenta pesos á buena cuenta, y nos despedimos.

Roque me dijo que él me serviria de ayuda de cámara, escribiente y cuanto yo quisiera; pero que estaba muy trapiento. Yo le ofrecí mi proteccion y nos volvimos á la posada.

Comimos muy bien, dormimos siesta, y á las cuatro me eché otros cien pesos en la bolsa y nos salimos al Parian, donde habilité á Roque de algunos trapillos regulares, y compré un reloj que me costó no sé cuanto; pero ello fué que me sobró un peso, con el que fuimos á refrescar, y despues volvimos al meson, saqué dinero y nos fuimos á la comedia.

Despues de ésta, cenamos en la fonda, tomamos vino y nos fuimos á acostar.

Así se pasaron cuatro ó cinco dias sin hacer mas cosa de provecho, que pasear y gastar alegremente. Al fin de ellos entró el sastre al meson y me entregó dos vestidos completos y muy bien

hechos, de un paño riquísimo: las cuatro mudas de ropa como yo la queria, y la cuenta, por la que salia yo restando ciento y pico de pesos. No me metí en averiguaciones, sino que le pagué de contado y aun le dí su gala. ¡Qué cierto es que el dinero que se adquiere sin trabajo, se gasta con profusion y con una falsa liberalidad!

A poco rato de haberse despedido el sastre, entró el almonedero avisando estar la casa ya dispuesta, que solo faltaba ropa de cama y criados: que si yo queria me lo facilitaria todo segun le mandara, pero que necesitaba dinero.

Díjeme que sí: que queria las sábanas, colcha, sobrecama y almohadas nuevas, una cocinera buena y un muchacho mandadero; pero todo cuanto ántes. Le dí para ello el dinero que me pidió y se fué.

Aquel día lo pasé en ociosidad como los anteriores, y al siguiente volvió el almonedero diciéndome que solo mi persona faltaba en la casa. Entónces mandé á Roque trajera un coche, y pasé á la vivienda de mi depositario tan otro y tan decente que no me conocia á primera vista.

Cuando se hubo certificado de que yo era, me dijo: no me parece mal que vd. se vista decente; pero seria mejor que arreglara su traje á su calidad, destino y proporciones. Supongo que por lo primero no desmerece vd. ese ni otro mas costoso; pero por lo segundo, esto es, por sus cortas facultades, creeré que propasa los límites de la moderacion, y que á diez ó doce vestidos de estos le vé el fin á su principal. Es cierto que el refran vulgar dice: *vístete como te llamas*, y así vd. llamándose D. Pedro Sarmiento y teniendo con qué, debe vestirse como D. Pedro Sarmiento, esto es, como un hombre pobre decente; pero ahora me parece vd. un marqués por su vestido, aunque sè que no es marqués ni cosa que lo valga por su caudal.

El querer los hombres pasar rápidamente de un estado á otro, ó á lo ménos el querer aparentar que han pasado, es causa de la ruina de las familias y aun de los estados enteros. No crea vd. que consiste en otra cosa la mucha pobreza que se advierte en las ciudades populosas, que en el lujo desordenado con que cada uno pretende salirse de su esfera.

Esto es tan cierto como natural, porque si el que adquiere por ejemplo, quinientos pesos anuales por su empleo, comercio, oficio ó industria, quiere sostener un lujo que importe mil, necesariamente que ha de gastar los otros quinientos por medio de las drogas, cuando no sea por otros medios mas ilícitos y vergonzosos. Por eso dice un refran antiguo: *que el que gasta mas de lo que tiene, no debe enojarse si le dicen ladron.*

Las mujeres poco prudentes no son las ménos que contribuyen á arruinar las casas con sus vanidades importunas. En ellas es por lo comun en las que se vé el lujo entronizado. La mujer ó hija de un médico, abogado ú otro semejante, quiere tener casa, criados y una decencia que compita, ó á lo ménos iguale á la de una marquesa rica; para esto se compromete el padre ó el marido de cuantos modos le dicta su imprudente cariño, y á la corta ó á la larga, resultan los acreedores; se echan sobre lo poco que existe, el crédito se pierde, y la familia perece. Yo he visto despues de la muerte de un sujeto, concursar sus bienes, y lo mas notable, haber tenido lugar en el concurso el sastre, el peluquero, el zapatero, y creo que hasta la costurera y el aguador, porque á todos se les debia. Con semejantes avispas ¡qué jugo les quedaria á los pobres hijos? Ninguno por cierto. Estos perecieron como perecen otros sus iguales. Pero ¡qué habia de suceder si cuando el padre vivia no alcanzaban las rentas para sostener coche, palco en el coliseo, obsequio á visitas, gran casa, galas y todos los desperdicios acceso-

rios à semejantes francachelas? La llaga estava solapada en su vida: los respetos de su empleo para con unos, y la amistad ó adulación para con otros de los acreedores, los tuvieron á raya para no cobrar con exigencia; pero cuando murió, como faltó à un tiempo el temor y el interés, cayeron sobre los pocos bienecillos que habian quedado, y dejaron á la viuda en un petate con sus hijos.

Este cuento refiero á vd. para que abra los ojos y sepa manejar-se con su corto principalito sin disiparlo en costosos vestidos; porque si lo hace así, cuando ménos piense, se quedará con cuatro trapos que mal vender, y sin un peso en su baúl.

Fuera de que bien mirado, es una locura querer uno aparentar lo que no es, á costa del dinero, y exponiéndose á parecer lo que es en realidad con deshonor. Esto se llama quedarse pobre por parecer rico. Yo no dudo que vd. con ese traje dará un gatazo á cualquiera que no lo conozca; pero quien lo vea hoy con un famoso vestido, y mañana con otro, no se persuadirá á que ese gran caudal se reduce á dos mil y pico de pesos, sino que juzgará que tiene minas y haciendas, y como en esta vida hay tanto lisonjero interesable, le harán la rueda y le prodigarán muchas y rendidas adulaciones; pero cuando vd. llegue como debe llegar si no se aprovecha de mis consejos, á la última miseria, y no pudiendo sostener la cascarita, conozcan que no era rico sino un pedado vanidoso, entónces se convertirán en amarguras los gustos, y los acatamientos en desprecio.

Con que ya le he predicado amistosamente con la lengua y pudiera predicarle con el ejemplo. Veinte mil pesos cuento de principal: me ha venido la tentacion de tenerle una muy buena casa á mi mujer y un cochecito, y ya vé vd. que me sería fácil; pues todavía no me determino. Pero ¡qué más! la muestra que vd. tiene, sin disputa es mejor que la mía.

Acaso calificará vd. esta economía de miseria, pero no lo es. Yo tengo tambien mi pedazo de amor propio y vanidad como todo hijo de su madre, y esta vanidad es la que me tiene á raya. ¿Lo creerá vd? Pues así es. Yo quisiera tener coche; pero este coche pide una gran casa, esta casa muchos criados, buenos salarios para que sirvan bien, y estos salarios fondos para que no se acaben en cuatro dias. A esto se sigue mucha y buena ropa, un ajuar excelente, media bajilla cuando ménos, de plata; paleo en el coliseo, otro coche de gala, dos ó tres troncos de mulas buenas, lozanas y bien mantenidas, lacayos y todo aquello que tienen los ricos sin fatiga, y yo lo tendria cuatro dias con ansias mortales, y al cabo de ellos, como mi principal no es suficiente, daría al traste con coches, criados, mulas, ropa y cuanto hubiera, siéndome preciso sufrir el sacrificio de haber tenido y no tener, á mas de los desprecios que tienen que sufrir los últimos indijentes.

Así es que no me resuelvo, amigo, y mas vale paso que dure y no trote que canse. Yo no quiero que en mí sea virtud económica la que me contiene en mis límites, sino una refinada vanidad; sin embargo, el efecto es saludable pues no debo nada á ninguno: no tengo necesidad de cosa alguna de las precisas para el hombre: mi familia está decente y contenta: no tengo zozobras de que se me arranque pronto, y disfruto de las mejores satisfacciones.

Si vd. me dijere que para tener coche no es menester tanto boato como el que le pinté, diré que segun el modo de pensar de las gentes; pero como yo no habia de ser de los que tienen coche y le deben el mes á la cocinera, si se ofrece; de ahí es que para mí era menester mas caudal que para ellos: porque amigo, es una cosa muy ridícula ostentar lujo por una parte, y manifestar miseria por otra: tener coche y sacar mulas que se les cuentan las costillas de flacas, ó unos cocheros que parezcan júdas de muchâchos: tener casa grande por un lado, y por otro el casero encima; tener bailes y

paseos por un extremo, y por otro acreedores, trampas y boletos del Montepío á puñados.

No amigo, esto no me acomoda; y lo peor de esto que de estas ridiculeces hay bastantes en México y donde no es México.

¿Pues qué le diré á vd. de un oficial mecánico ó de otro pobre igual, que no contando sino con una ratería que adquiere con sumo trabajo, se nos presenta el domingo con casaca y el resto del vestido correspondiente à un hombre de posibles, y el lunes está con su capotillo de mala muerte? Qué diré de uno que vive en una accesoría, que le debe al casero un mes ó dos, cuya mujer está sin enaguas blancas, y los muchachos más llenos de tiras que un espantajo de *milpa*, y él gasta en un paseo ó un almuerzo ocho ó diez pesos, teniendo tal vez que empeñar una prenda à otro dia para desayunarse? Diré que son unos vanos, unos presumidos y unos locos; y esto mismo diré de vd. si le sucediere igual caso. Con que vd. hará lo que quiera que harto le he dicho por su bien.

Yo me prendé de aquel hombre que tan bien me aconsejaba sin interés; pero no trataba de admitir por entónces sus consejos: y así dándole las gracias de boca, le prometí observarlos exactamente y le pedí mi dinero.

Diómelo en el momento, exigiéndome un recibo. Yo le dí veinticinco pesos como de albricias. Rehusólos recibir muchas veces; pero yo porfí con tal tenacidad en que los tomara, que al fin los tomó; mas delante de mí cojió un clavo y un martillo y comenzó à señalarlos uno por uno, y concluida esta diligencia los guardó en una gabeta de su escribanía.

Yo le pregunté que para qué era aquella ceremonia? Y él me respondió que no habia menester dinero; y así que lo guardaba para darlo de limosna á un infeliz miserable. Pero siendo uno mismo cualquier dinero nuestro en su valor, le dije, no puede vd. darle otros pesos á ese pobre, y no esos propios que ha marcado? Eso

tiene mucho misterio, me dijo, y quiera Dios que vd. no lo comprenda.

Con esto me despedí de él cansado de tanta conversacion, y dándole el dinero á Roque nos metimos en el coche con el almonedero, que ya estaba aburrido de esperarme.

Llegamos á mi casa que la hallé bastante limpia, provista y curiosa. Me posesioné de ella, y aunque no me gustó mucho la cuenta que me presentó, que para no cansarme en prolijidades, ascendió á no sé à cuanto: ello es que en vestidos, ociosidades, albricias y casa ajuarada, se gastaron en cuatro dias, mil y doscientos pesos.

Por mi desgracia la cocinera que me buscó el almonedero, fué aquella Luisa que sirvió de dama á Chanfaina y á mí.

Luego que el almonedero me la presentó la conocí, y ella me conoció perfectamente; pero uno y otro disimulamos. El almonedero se fué pagado á su casa: yo despaché a Roque á traer puros, y llamé á Luisa con la que me esplayé á satisfaccion, contándome ella cómo luego que salí de la casa del escribano y él tras de mí, huyó ella del mismo modo que yo, y se fué á buscar sus aventuras en solicitud mia, pues me amaba tan tiernamente que no se hallaba sin mí: que supo cómo Chanfaina no hallándola en su casa y estando tan apasionado por ella, se enfermó de cólera y murió á poco tiempo: que ella se mantuvo sirviendo ya en esta casa ya en la otra, hasta que aquel almonedero, á quien habia servido, la habia solicitado para acomodarla en la mia, y que pues estados mudan costumbres, y ella me habia conocido pobre y ya era rico, se contentaria con servirme de cocinera.

Como el demonio de la muchacha era bonita y yo no habia mudado el carácter picaresco que profesaba, le dije que no seria tal, pues ella no era digna de servir sino de que la sirvieran.

En esto vino Roque, y le dije que aquella muchacha era una prima mia y era fuerza protegerla. Roque que era buen pícaro, en-

tendia la maula y me apoyó mis sentimientos. El mismo le compró buena ropa, solicitó cocinera, y cátenme vdes. á Luisa de la señora de la casa.

Yo estaba contento con Luisa; pero no dejaba de estar avergonzado, considerando que al fin habia entrado de cocinera, y que por mas que yo aparentara á Roque que era mi prima, él era harto vivo para ser engañado, y léjos de creerme murmuraria mi ordinariéz en su interior.

Con esta carcoma y deseando oír disculpado mi delito por su boca, un dia que estábamos solos le dije: ¿qué habras tú dicho de esta prima, Roque? Ciertamente no creerás que lo es, porque la confianza con que nos tratamos no es de primos, y en efecto, si has pensado lo que es, no te has engañado; pero amigo, ¿qué podia yo hacer cuando esta pobre muchacha fué mi valedora antigua, y por mí perdió la conveniencia que tenia, exponiéndose á sufrir una paliza ó cosa peor? Ya vez que no era honor mio el abandonarla ahora que tengo cuatro reales; pero sin embargo, no dejo de tener mi vergüencilla, porque al fin fué mi cocinera.

Roque, que comprendió mi espíritu, me dijo: eso no te debe avergonzar, Pedrito: lo primero, porque ella es blanca y bonita, y con la ropa que tiene nadie la juzgará cocinera, sino una marquesita cuando ménos. Lo segundo, porque ella te quiere bien, es muy fiel y sirve de mucho para el gobierno de la casa: y lo tercero, porque aún cuando todos supieran que habia sido tu cocinera y la habias ensalzado haciéndola dueña de tu estimacion, nadie te lo habia de tener á mal conociendo el mérito de la muchacha. Fuera de que, no es esto lo primero que se ve en el mundo. ¡Cuántas hay que pasan plaza de costureras, recamareras, etc., y no son sino otras Luisas en las casas de sus amantes amos! Con que no seas escrupuloso: diviértete y ensánchate ahora que tienes proporcion como

otros lo hacen, que mañana vendrá la vejez y la pobreza y se acabará todo ántes que hayas gozado de la vida.

Claro está que el diablo mismo no podia haberme aconsejado mas perversamente que Roque; pero ya se sabe que los malos amigos con sus inícuos ejemplos y perniciosos consejos, son unos vicediablos diligentísimos que desempeñan las funciones de maligno espíritu á su satisfaccion, y por eso dice el venerable Dutari que debemos huir, entre otras cosas, de los demonios que no espantan, y estos son los malos amigos.

Tal era el pobre Roque, con cuyo parecer me descaré enteramente tratando á Luisa como si fuera mi mujer, y holgándome á mis anchuras.

Raro dia no habia en mi casa baile, juego, almuerzos, comelitonnes y tertulias, á todo lo que asistian con la mayor puntualidad mis buenos amigos. ¡Pero qué amigos! aquellos mismos bribones que cuando estaba pobre no solo no me socorrieron, pero yo ya dije que hasta se avergonzaban de saludarme.

Estos fueron los primeros que me buscaron, los que se complacian de mi suerte, los que me adulaban á todas horas y los que me comian medio lado. ¿Y que fuera yo tan necio y para nada que no conociera que todas sus lisonjas las dictaba únicamente su interés sin la menor estimacion á mi persona? Pues así fué, y yo que estaba envanecido con las adulaciones, pagaba sus embustes á peso de oro.

No solo mis amigos y mis antiguas conocidas me incensaban, sino que hasta la fortuna parece que se empeñaba en lisonjearme. Por rara contingencia perdía yo en el juego; lo frecuente era ganar, y partidas considerables como de trescientos, quinientos y aún mil pesos. Con esto gastaba àmpliamente, y como todos me lisonjaban tratándome de liberal, yo procuraba no perder ese concepto, y así daba y gastaba sin órden.

Si Luisa se hubiera sabido aprovechar de mis locuras, pudiera haber guardado alguna cosa para la mayor necesidad; pero fiada en que era bonita y en que yo la quería, gastaba también en profanidades, sin reflexionar en que podía acabársele la hermosura ó cansarse mi amor, y venir entónces á la más desgraciada miseria; mas la pobre era una tonta coquetilla, y pensaba como casi todas sus compañeras.

Yo no hacia caso de nada. La adulacion era mi plato favorito, y como las sanguijuelas que me rodeaban advertian mi simpleza y habian aprendido con escritura el arte de lisonjear y estafar, me lisonjeban y estafaban á su salvo.

Apénas decia yo que me dolia la cabeza, cuando todos se volvian médicos y cada uno me ordenaba mil remedios: si ganaba en el juego no lo atribuian á casualidad, sino á mi mucho saber: si daba algun banquetito, me ensalzaban por más liberal que Alejandro: si bebía más de lo regular y me embriagaba, decian que era alegría natural: si hablaba cuarenta despropósitos sin parar, me atendian como á un oráculo, y todos me celebraban por un talento raro de aquellos que el mundo admira de siglo en siglo. En una palabra, cuanto hacia, cuanto decia, cuanto compraba, cuanto habia en mi casa, hasta una perrita roñosa y una cotorra insulsa y gritadora, capaz de incomodar con su *can can* al mismo Job, era para mis caros amigos (¡y qué caros!) objeto de su admiracion y sus elogios.

Peró ¿qué mas, si mi Luisa misma se reía conmigo á solas de verse adular tan excesivamente? Y á la verdad tenia razon, pues el almonedero que me puso la casa se hizo mi amigo con ocasion de ir á ella muy seguido á venderme una porción de muebles que le compré, y este mismo, luego que vió el trato que yo daba á Luisa, olvidándose de que él propio la habia llevado á mi casa de cocinera, la cortejaba, le hacia platos en la mesa, y con la mayor seriedad le daba repetidamente el tratamiento de *señorita*.

Cuatro ó cinco meses me divertí, triunfé y tiré ámpliamente, y al fin de ellos comenzó á serme ingrata la fortuna, ó hablando como cristiano, la Providencia fué disponiendo, ó justiera el castigo de mis extravíos, ó piadosa el freno de ellos mismos.

Entre las señoras ó no señoras que me visitaban, iba una buena vieja que llevaba una niña como de diez y seis años, mucho más bonita que Luisa, y á la que yo, á escusas de ésta, hacia mil fiestas y enamoraba tercamente, creyendo que su conquista me seria tan fácil como la que habia conseguido de otras muchas; pero no fué así: la muchacha era muy viva, y aunque no le pesaba ser querida no queria prostituirse á mi lascivia.

Tratábame con un estilo agridulce, con el que cada dia encendia mis deseos y acrecentaba mi pasion. Cuando me advirtió embriagado de su amor, me dijo que yo tenia mil prendas y merecia ser correspondido de una princesa; pero que ella no tenia otra cosa que su honor, y lo estimaba en mas que todos los haberes de esta vida: que ciertamente me estimaba y agradecia mis finezas: que sentia no poder darme el gusto que yo pretendia; pero que estaba resuelta á casarse con el primer hombre de bien que encontrara, por pobre que fuera, ántes que servir de diversion á un rico.

Acabé de desesperarme con este desengaño, y concibiendo que no habia otro medio para lograrla que casarme con ella, le traté del asunto en aquel mismo instante, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron celebrados entre los dos los esponsales de futuro.

Mi expresada novia, que se llamaba Mariana, dió parte á su madre de nuestro convenio, y ésta quiso con tres mas. Yo avisé política y secretamente lo mismo á un religioso grave y virtuoso que protegía á Mariana por ser su tío, y no me costó trabajo lograr su beneplácito para nuestro enlace; pero para que se verificara faltaba que vencer una no pequeña dificultad, que consistia en ver co-

mo me desprendia de Luisa, á quien temia yo conociendo su resolucion y lo poco que tenia que perder.

Miéntas que adivinaba de qué medios me valdria para el efecto, no me descuidaba en practicar todas las precisas diligencias para el casamiento. Fué necesario ocurrir á mis parientes para que me franquearan mis informaciones. Luego que estos supieron de mí con tal ocasion, y se certificaron de que no estaba pobre, ocurrieron á mi casa como moscas á la miel. Todos me reconocieron por pariente, y hasta el pícaro de mi tio el abogado fué el primero que me visitó y llenó varias veces el estómago á mi costa.

Ya las más cosas dispuestas, solo restaban dos necesarias: hacerle las donas á mi futura y echar á Luisa de casa. Para lo primero me faltaba plata: para lo segundo me sobraba miedo; pero todo lo conseguí con el auxilio de Roque, como vereis en el siguiente capítulo.

## CAPITULO VI.

En el que se refiere cómo echó Periquillo á Luisa de su casa, y su casamiento con la niña Mariana.

**T**OMADO el dicho à mi novia, presentadas las informaciones y conseguida la dispensa de vanas, solo restaba, como acabé de decir, hacerle las donas á mi querida y echar de casa á Luisa. Para ámbas cosas pulsaba yo insuperables dificultades. Ya le habia comunicado á Roque mi designio de casarme, encargándole el secreto; mas no le habia dicho las circunstancias apuradas en que me hallaba, ni él se atrevia á preguntarme la causa de mi dilacion; hasta que yo, satisfecho de su viveza, le dije todo lo que embarazaba el acabar de verificar mis proyectos.

Luego que él se informó me dijo: ¿y que hayas tenido la paciencia de encubrirme esos trapantojos que te acobardan, sabiendo que soy tu criado, tu condiscípulo y tu amigo, y teniendo experiencia